

libro, una fuerza que proviene del recio temperamento del autor y no del verbalismo colorista de nuestros escritores. *El hermano asno* es la novela mejor escrita que hemos leído en estos últimos tiempos en lengua castellana. Pérez de Ayala, tal vez más técnico que Barrios, no posee el estilo melodioso de este autor chileno. Valle Inclán es más elegante pero se repite demasiado. Unicamente Baroja y Unamuno nos conmueven más con sus caracteres tan diversos: indiferentes y «manfutistas» y los otros tan humanamente apasionados.

Hace algunos días publicó Barrios su último libro, *Páginas de un pobre diablo*. Consta el libro de cuatro cuentos, o por mejor decir, de dos novelas cortas y dos cuentos. Todo muy chileno. Lo mejor de este libro es *Canción*, un idilio de amor roto en flor. Mucha ternura, nobleza y elevación en los caracteres, y una emoción de paisaje que da a la historia el encanto principal. Una historia un tanto poeana es *Antipatta*. El autor está fuera de su centro en estos temas tragi-cómicos. El cuento que da su nombre al libro es lo más representativo de su manera de hacer actual. *Un pobre diablo*—¿cuántos no hay?—es un poeta y estudiante venido a menos. Para vivir tiene que trabajar. ¿Y dónde? Lo único que encuentra es una CASA DE POMPAS FÚNEBRES. Y aquí tenemos su espíritu delicadísimo en un ambiente terrible en que la tra-

gedia objetiva de los ataúdes se aumenta con el cinismo y la vulgaridad del dueño de la empresa. La neurosis alarga sus antenas y la locura hace piruetas en el cerebro de este muchacho, estudiante y poeta.

Hemos repasado rápidamente las obras principales de Eduardo Barrios. Repetiré una vez más que su obra es digna de aplauso por el elemento americano y por la sinceridad artística. Barrios es uno de los pocos novelistas—¿acaso el único?—que sin haber salido de su país son conocidos en todo el continente. Entre lo novelistas chilenos de hoy su personalidad es inconfundible. H. Díaz Arrieta, tan artista, parece que se ha quedado en la promesa soberbia de su *Sombra Inquieta*. Rafael Maluenda no nos ha dado aún una novela larga. Santiván, Latorre, Edwards, Bello, Labarca? Unos un tanto pasados de moda, estilo Blasco Ibañez; los otros desalentados en un ambiente ingrato. Hace algunos meses murió en Chile nuestro Baldomero Lillo, uno de los autores de cuentos más representativos de nuestro continente. Pues bien, aquí donde leemos tanto a Vargas Vila, Zamacois, López de Haro, etc., Lillo era un desconocido. Lo único que nos hace dudar del talento de Barrios es su gran popularidad en América.

ARTURO TORRES RIOSECO

Minneapolis, Minn., 1924.

## Dietario en Zig-Zag

Amigo García Monge:

Sigo molestándolo con el diluvio de mis recortes. Ví los primeros dietarios publicados en los números del REPERTORIO del 3 y del 11 de diciembre. Leo con mucho gusto su semanario. Siempre encuentro cosas que sin él no hubiera podido leer. No conocía al poeta Luis Franco. También me han parecido buenas las caricaturas de Paco Rodríguez Ruiz. ¿Sigue la actividad literaria en Costa Rica? Cuando la revista reaparezca le rogaré me ponga otra vez en comunicación con los amigos.

Un abrazo para Ud.

RAMÓN VINYES

### Cinema

TIEMPOS ha, leímos un libro de realizaciones cinematográficas escrito por Pierre Albert-Birot.

El autor clamaba por el advenimiento del arte en la pantalla. Y decía: «No se trata de pedir al cinema la realidad aparente; se trata de pedirle la realidad verdadera que ve el poeta». Iban, a continuación, y escritos por el mismo Pierre Albert Birot, esbozos de films novedosos y artísticos... más novedosos que artísticos. Se renovaba el cinema a base de darnos, por la tramoya, las sensaciones internas de los actores bajo las impa-

sibles máscaras habituales. Y todo a gran velocidad y a gran trepidación. Forma nueva; fondo absolutamente vulgar y usado: pecado capital de toda la escuela que va de Guillaume Apollinaire para adelante.

También nosotros pediríamos para el cine la verdadera verdad que ve el poeta; no las desarticuladas y fáciles creaciones de Pierre Albert Birot. Partimos de un mismo programa y nuestros caminos forman ángulo agudo. Es que la *realidad* del poeta nunista se apoya en el nunismo y nosotros pediríamos una realidad poética realizada sin programa.

Pocas veces hemos visto en el cinema una completa realización artística. Casas alemanas productoras nos han dado aceptables y costosas reconstrucciones históricas; tipos bien estudiados (anotemos el afeminamiento psicológico de un Yago en una edición de Otello. Anotemos algunos tanteos de cubismo en el Doctor Calligari, película entre Poe y Hoffmann). Pero las reconstrucciones resultan expuestas y difíciles. Un mundo extinto requiere un arcaísmo que los actores traducen en artificio. Además se llega a situaciones que imponen tramoya y falsedad y la falsedad trasciende, gotea, mancha.

Casas norteamericanas nos han dado comedias—(execramos la película de series)—que tal vez sean lo más acertado en la especial concepción que nosotros tenemos del cinematógrafo actual: arte yankee. Son—con la colaboración de magníficos hombres de oficio—comedias de lance, de enredo, de ingenuidad, de infantilismo, con gracia gruesa y van bien sin palabras.

No admiramos a Charles Chaplin. Charlot es el circo en la pantalla, el clown. Saca su éxito del contraste brusco entre la farsa y el melodrama; enjuga las lágrimas de los sensibles con unas tijeras. Este inverosímil zig-zag, este improvisado grotesco, son su arte. Inglaterra traspasó a Norte América el clown, genuina invención suya. El clown reemplazó en los dramas ingleses de la época elisabethiana al coro antiguo; solamente que, en vez de explicar la situación, la parodiaba. La película convirtió al clown de film, con Chaplin, en producto y en arte *norteamericano*. Nosotros pedimos *Arte*.

Las casas francesas tamizaron las películas de las diversas naciones—nórdicas, sobre todo—para dejarlas de una francesa nitidez—empolvadas y perfumadas. Nos dan series con rincones elegantes y sin los malabarismos norteamericanos. Nos dan reconstrucciones llenas de las ternuras fáciles que van de Lamartine a Musset. Nos dan dramas mundanos espurgados de los caprichos de las caprichosas estrellas y con elegancia total, intensa y apagada.

Hemos dejado expresamente para último lugar las casas italianas. Vienen todas sus películas con la etiqueta del país, y se llega a la forma sislogística siguientes: Italia país del arte, ergo películas que salgan de Italia películas de arte. Pasamos por encima del bluff de la Bertini. Y nos encaramos con una artista de nombradía no tan trompeteada como la de la estrella máxima: Maria Jacobini. Frecuentemente hemos visto en las películas que ella interpreta una singularidad: la singularidad del paisaje. ¿A quién se deberá? No lo sabemos. Pero para